

UNA LECCIÓN TRAS LA COVID-19

Acompañar a las personas



A lo largo de todos estos meses, seguramente estaremos sacando muchas lecciones de todo lo que ha supuesto la pandemia del COVID-19, también para la vida de las familias. Probablemente nos haremos más conscientes de nuestras fortalezas, pero quizá aún más de nuestras carencias y debilidades. Y una de ellas, que hoy se vuelve especialmente dramática, es la atención que hemos dado a las personas más vulnerables de nuestras familias en la fase final de sus vidas.

En cierta ocasión le oí decir a un conocido una frase que muchas veces me ha hecho pensar: «Una madre cría once hijos, y once hijos no son quienes cuidan a una madre». Lamentablemente, con todos los matices que debemos tener presentes, es una situación que hemos podido ver con demasiada frecuencia. Hoy mucha gente construye casas, pero no ha sido capaz de formar un hogar, de manera que incluso llega a compartir espacio, pero no es capaz de compartir su vida con su propia fa-

milia. Incluso muchos ancianos viven solos, a pesar de estar rodeados de familiares.

En este sentido hay que decir que la forma de vida ha cambiado notablemente nuestra manera de relacionarnos, dando lugar a un mundo extremadamente individualista donde parece que todos tienen bastante con lo suyo como para tener que preocuparse del dolor ajeno. Demasiadas familias ya no forman eso que Rof Carballo denominaba «urdimbres afectivas» ni auténticos simposios de vida en común, sino sencillos monólogos que de vez en cuando comparten impresiones y en donde nadie quiere perder su protagonismo.

Es significativa la constatación del francés Philippe Ariès: «En Francia y en Italia, el término habitación ha tenido tendencia a oponerse

al de sala (antaoño ambos eran más bien sinónimos); la habitación que designaba el cuarto donde se dormía, y la sala, donde se recibía, donde se comía: el salón, *la salle (à manger)* —el comedor—, y la *camera* y la *sala da pranza*. En Inglaterra, la palabra *room* ha subsistido, pero se la ha precisado con un prefijo: la sala para comer, la sala para dormir (*dining-room, bed-room*)». Las casas son meras construcciones con espacios distintos y privados. Los niños, cada niño, tiene su propia habitación con ordenador y televisión, dando lugar ya a ese fenómeno de los «niños-búnker». Cada persona tiene su cuenta, su teléfono..., su espacio propio y privado. La virtualidad real y las redes sociales sustituyen al encuentro personal, casi no hay tiempo para hablar con alguien sin que deje de mirar su móvil. Tenemos nuestros propios lugares cerrados en los que nadie puede entrar, auténticos búnkers sagrados. Hoy casi todos somos fácilmente intercambiables.

De ahí que no queramos romper nuestra tranquilidad, que nadie altere nuestro espacio vital. Y eso afecta de una forma más radical a los enfermos y a las personas más vulnerables. Están condenados a estar solos y al margen porque cada quien tiene su vida. Muchas veces nos han repetido que algunas de las personas que desean morir lo que desean realmente es vivir de otra manera. Y eso es lo difícil, ofrecer a la gente una manera diferente de vivir su situación de enfermedad y debilidad. Exige esfuerzo, sacrificio y costes, valentía y compromiso, todo lo que no estamos dispuestos a dar tan fácilmente porque parece que no ofrece beneficios y garantías. Escribía Unamuno que para muchas personas toda preocupación «es que no penetren los demás en su esfera, que no lo inquieten, que no se rompan su pereza, a cambio de lo cual, o para dar ejemplo y norma, renuncia a penetrar él en los otros, a romperles su pereza, a inquietarlos, a apoderarse de ellos».

Lamentablemente, entre las situaciones más duras vividas en este tiempo de coronavirus quizá sea la de ver a tantas personas muriendo solas, sin que nadie les acompañe ni les dé un último adiós en forma de cariño. Ahí pudimos ver la importancia del acompañamiento y todo lo que lo rodea. Porque el acompañamiento se convierte en un estímulo para combatir aquello que la medicina ya no es capaz de curar. Gregorio Marañón dijo en cierta ocasión que el mayor invento de la medicina había sido la «silla», sencillamente porque ella representa la superación de la soledad, es el medio que nos permite permanecer sentados al lado del enfermo escuchando su dolor y ofreciendo nuestro consuelo.

Sin embargo, la soledad es uno de los dramas al que muchas personas tienen que hacer frente día tras día. Pero cuando la soledad se une a la enfermedad se convierte en el colmo del sinsentido, en un castigo nunca merecido que nos conduce al hastío por la vida, a la desorientación más completa. En ella vemos la importancia de los demás, la necesidad de la ayuda intergeneracional y sincera, la ineludible vinculación que exige solidaridad y compasión. La soledad es quizá la enfermedad más difícil de combatir porque exige un compromiso que no todo el mundo está dispuesto a tener, exige abrir el corazón para pensar más en lo que el otro necesita y no tanto en lo que uno mismo desea.

Pero además la soledad se une con frecuencia a la miseria y a la pobreza. Por eso es tan hipócrita defender el derecho a la vida con la teoría cuando acaba por negarse en la práctica, cuando se es pasivo e indiferente a la situación de tantos enfermos, dependientes y ancianos viviendo en condiciones de marginación, mendigando por donde pueden y tambaleándose andrajosos por las calles de nuestras ciudades. Aunque afortunadamente existen

Gregorio Marañón dijo que el mayor invento de la medicina había sido la «silla», porque sencillamente representa la superación de la soledad.

personas cuyas familias les quieren y cuidan todo lo que pueden, también hay otras que viven como pidiendo permiso e incluso perdón, aun en sus propias casas ahora regidas por otros. Les llevamos la comida con mala cara, les gritamos que no estorben..., y ellos bajan la cabeza diciendo en su interior como el viejo asno de Sterne: «No me peguéis, por favor, pero, en fin, si queréis pegadme». Sufren en silencio y soledad, sienten la carga que su existencia produce para todos los que les rodean. Pero no dicen nada. Lloran por dentro y esperan su hora en la angustia de ya no significar nada. Simplemente se confortan en esos recuerdos íntimos de lo que algún día han sido y ahora han dejado de ser. Se consuelan a sí mismos porque casi nadie es ya capaz de ofrecerles el poco de cariño que únicamente necesitan.

Lo decía al principio. Seguramente en este tiempo sacamos muchas lecciones como consecuencia de la pandemia del coronavirus. Ojalá que sea un tiempo también de discernimiento personal que culmine en anclarnos al bien, en aquello que haga posible que vivamos «descentrados» para abrirnos al dolor y a la necesidad de aquellas personas que día tras día, también en nuestras familias, nos están reclamando amor y cariño.



JOSÉ MANUEL CAAMAÑO LÓPEZ
Instituto Universitario de la Familia
Universidad Pontificia Comillas